

CUENCA FUE LA SAVIA DE SU LITERATURA FEDERICO MUELAS, NARRADOR



Los cuentos de Federico Muelas distan, por una orilla, de los cuentos portentosos que desde la Edad Media hasta el siglo XIX se contaban al amor de la lumbre, en familia, o durante las reuniones de las cuadrillas, en patios y porches, tras la jornada de labores o cosecha, y, en el XIX, comenzaron a escribir (copiando más o menos de la relación oral) Perrault (Caperucita), los hermanos Grimm (Blanca Nieves), Andersen (El patito feo). Por la otra banda, los cuentos de Federico, línea a línea, se van lejos de lo que hoy llamamos cuentos literarios: narraciones de cinco a quince páginas, que vienen a ser novelas escritas con un lenguaje próximo al de la poesía, en las cuales el autor ahorra mucho papel.

Los cuentos de Federico Muelas no son fantásticos ni realistas, ni de penetración psicológica ni a modo de crónicas de la superficie social, sino caricaturas de una escogida gente, en un lugar muy acotado. En sus cuentos, Federico lleva a cabo una criba de la sociedad: separa unos fenómenos del acontecer social, los relega o rehuye, y labora con otros muy escogidos. La porción generalmente apartada es la de los sucesos del orden natural; la fracción de hechos con que trabaja es la de índole sobrenatural. En relación con el más allá acontecen casi todas sus historias, pues hasta cuando parece que se desembaraza de su tendencia al destierro voluntario, y «amundiza», no se posa en la tierra total, sino en un solar reducido, como sucede en «La Barragana del Duque» o en

«Martita», ocasiones en que la pluma de Federico se arrima algo más al toro de la vida de la gente común, aunque no acaba de cuajar faena de interés humano, pues, movido por sus tendencias e intereses, los pases le resultan más de fantasía y de ironía que de pecho. La «ajenidad», es decir, la distancia, el terreno por medio que ponía entre él y sus personajes, en el espacio y el tiempo, y el sutil ácido con que corroía la envidia de sus protagonistas y segundos, cuando, por excepción, los personajes le eran algo más próximos, me parecen las notas características de los cuentos literarios de Muelas. Más adelante veremos que sus lazos con Camilo no concluían en la amistad y llegaban a lo literario. Leídos los relatos de Federico (publicados en «Prosa», edición de «El toro de barro» cuidada por Carlos de la Rica), saltan de inmediato a la frente del lector un par de ideas: los cuentos de Federico son, en gran parte, reelaboraciones del relato bíblico o de las leyendas de la tradición cristiana; algunos, pocos, los de Contrebia pertenecen al que llamo género de «evasión irónica». Por un lado, por el de Jerusalén, Federico limita con Sánchez Silva y «Marcelino»; por otra parte, por la de Contrebia —léase Cuenca—, linda con Camilo José y los «Apuntes Carpetovetónicos». Federico pudo haber escrito el gran relato de su ciudad y de su provincia, aún por escribir, pero la pluma de Federico toma mucha distancia y sólo de forma tangente, de refilón toca y denuncia lo que en su tiempo,

en su ciudad, en su país había de indigno, ruin y denunciado. Federico enfoca la lejanía, la lontananza, y, y de la cercanía, lo raro, lo chocante, lo grotesco, lo excepcional: no hay una relación de homología entre la estructura social, con sus niveles económico e ideológico, de la sociedad a la que se refiere Federico y la estructura de sus cuentos. Sí hay en ellos creencia cristiana en los milagros, en la Resurrección, en la Navidad, y una coincidencia con Leibniz acerca de la Armonía preestablecida por Dios entre las sustancias alma y cuerpo, y deformación esperpéntica de algunos personajes (los de «Martita», «La barragana del Duque», «Vísperas del último día»), a quienes concibe como fanchos y pone a vivir y actuar con ideas, acuerdos y acciones de mamarrachos que promoverán en el lector risa, lástima y la sonrisa cruel de quien contempla y goza la estupidez ajena.

En lo tocante a puntos de vista y procedimientos narrativos Muelas narra en situación de autor omnisciente. Conociendo a Federico, uno cae en la cuenta de que tenía que ser así y no de cualquier otro modo. Federico no podía menos que estar convencido de poseer una mente y unos ojos de capaces de penetrar en las paredes, los cuerpos, las almas, las cabezas, los pensamientos, los corazones, las emociones de cualquiera. Y así, en concordancia con su carácter, se manifiesta como autor clásico, sabelotodo, al tanto del más leve sentimiento, de la más recóndita y sutil idea de sus personajes. Sin duda, Muelas conocía «la corriente de conciencia», ese escribir que reproduce las ideas tal cual brotan de la mente, en ramas y racimos por donde el pensante se aleja del tronco y divaga, asociando un pensamiento al anterior, con alejamiento y menoscabo de la idea principal y conductora; cierto que Federico estaba al día en lo que hace a las modas y los modos de comunicarle los sucesos y los ambientes de las historias al lector; Federico no ignoraba el «conductismo» o teoría según la cual el narrador debe atenerse y limitarse a transmitir la conducta de sus personajes, dado que la operación de penetrar en sus pensamientos y en sus entresijos es imposible y,